



PABLO SÁNCHEZ GARRIDO

Ante la dictadura de la corrección política

Una pandemia recorre el mundo, la pandemia de la corrección política. Hay pandemias terribles que atacan el cuerpo y que provocan dolor y muerte, como la que viene golpeándonos de un modo más o menos cercano. Pero, sin desear en modo alguno banalizar los terribles efectos del virus, es preciso saber que existe otro tipo de pandemia que ataca las libertades y el espíritu. Esta pandemia de la corrección política (en adelante CP) también provoca el sufrimiento que resulta de la cancelación política y de la represión de las libertades, así como otros tipos de muerte: la muerte civil, o la muerte del espíritu.

Estamos ante un movimiento ideológico que ha sido calificado como dictadura intolerante, o como un nuevo totalitarismo, por pensadores nada sospechosos de fanatismo religioso (Eugenio T́rias, Noam Chomsky, etc.). Desde muy diversas tendencias se le han aplicado calificativos como una nueva forma de nazismo, fascismo, comunismo, o nueva Inquisición, al introducir formas de discriminación y confrontación quizá más sutiles, pero no menos efectivas.

En efecto, frente a los totalitarismos del siglo XX, esos totalitarismos sólidos y férreos que golpearon las libertades, las creencias y las propias vidas de millones de personas, este nuevo totalitarismo líquido o blando no golpea, pero sí ahoga o asfixia. No mata el cuerpo, al menos por el momento, pero sí el intelecto libre y el espíritu. Es una nueva clase de pseudoreligiosidad que, unida al secularismo postmoderno, se propone la construcción de un mundo en que el cristianismo sea reducido a la condición de recuerdo, un mal recuerdo. Para ello se procura no sólo expulsar el fenómeno religioso o sus valores éticos del ámbito público -como en el viejo laicismo-, también

del privado y personal, atacándolo en el fuero íntimo de las conciencias, las familias, la educación, el ocio, el lenguaje, los gestos,...

En términos civiles, amenaza con dañar profundamente las raíces de la democracia, la tolerancia, la solidaridad, la igualdad ante la ley, así como a las libertades recogidas en las cartas de derechos humanos y, en definitiva, a los valores y creencias que vivificaron e hicieron posible nuestra tradición occidental y europea.

La CP nos empuja progresivamente hacia una sociedad distópica, en la que probablemente ya llevamos viviendo mucho más tiempo del que pensamos. Sociedad distópica que, apoyada en la ingeniería social, comienza cancelando las obras de la Filosofía y las Humanidades, sustituidas por una omnipresencia de pantallas electrónicas, como en F°451, prosigue subvirtiendo la familia, la sexualidad y la reproducción, como en Un mundo feliz; continúa con un vigilante "*Gran Hermano*" controlando el pasado histórico para dominar el futuro y creando una neolengua, como en 1984, y concluye construyendo un conglomerado ideológico-religioso buenista para sustituir a la religión tradicional, como en El relato del Anticristo, o en El Señor del Mundo. El resultado es una Matrix en progresiva expansión, no exenta de policías y crímenes de pensamiento.

Afrontar el desafío de la CP

El primer paso es identificar y denunciar el problema, impidiendo así sus estrategias de enmascaramiento. Para ello es preciso rastrear la etiología o matriz última de la CP, acudiendo primeramente al marxismo histórico y cultural, de ahí que quepa reconocer en ella elementos propios de la "*lucha de clases*", pero complementada ahora también con una lucha de géneros y sexos, con una lucha de razas, y con otros pretendidos antagonismos, todos ellos instigadas artificialmente desde una falsa "*justicia social*". También se reconoce dicho marxismo en su obsesión por imponer la "*hegemonía cultural*" de sus postulados ideológicos, pero no convenciendo en un debate abierto sino controlándolo desde dentro hasta impedir cualquier disidencia. No obstante, este consorcio ideológico también se ha pertrechado de ciertos elementos procedentes del postmodernismo sesentayochista y de un liberalismo progresista que, en nombre de la tolerancia y el respeto hacia determinadas minorías, contribuye a la demolición de lo que R.R. Reno ha denominado los "*dioses fuertes*", los fundamentos sobre los que se ha construido la civilización occidental. Por supuesto, el respeto a las minorías desfavorecidas es algo loable que está en la entraña y praxis de la historia del cristianismo, como también la idea de tolerancia, aunque la

primera no pueda derivar en un injusto igualitarismo ni la segunda llevar a discutir el rango y la necesidad de la verdad.

Es urgente tomar conciencia de un problema que se agranda día tras día ante nuestros ojos. Pero ello no puede llevarnos a la mera protección ante el fenómeno, ni mucho menos al repliegue. El evangelio es más válido y necesario que nunca, por lo que hay que proclamar a Jesucristo con audacia en la actual sociedad, pero sin caer en los mismos errores contrarios a las libertades personales y colectivas que cometen estas ideologías.

Es necesario ser activos o proactivos tanto en la defensa como en la construcción de la *“civilización del amor”* que desde Pablo VI han predicado y promovido los pontífices. A tal efecto, desde la esperanza, con el optimismo propio de los que se saben hijos de Dios y ciudadanos del Reino, apelando tanto a los católicos como a todas las personas de buena voluntad, manifestamos:

Sí a las libertades civiles

1. La necesidad ineludible de defender las libertades civiles, contando para ello con el apoyo de esa parte creciente de la sociedad que está percibiendo cada vez con más intensidad y hartazgo la asfixia de libertades que supone la CP. Es fundamental defender las principales libertades en peligro: la libertad religiosa e ideológica, la libertad de expresión, la libertad de cátedra y de enseñanza.

Sí a la libertad religiosa y de pensamiento

2. Como afirmó san Juan Pablo II, la libertad religiosa es una exigencia ineludible de la dignidad de cada hombre, constituyendo una piedra angular del edificio de los derechos humanos. El entorpecimiento del culto y del libre ejercicio y manifestación de la fe en el ámbito público, bajo pretexto de protección de otras minorías religiosas o de la no confesionalidad, atenta contra el derecho humano y fundamental a la libertad religiosa.

Sí a la libertad de expresión

3. Es esencial respetar la libre expresión de ideas y creencias siempre que no suponga un ataque directo a la dignidad del hombre, como también respetar el propio lenguaje, sin imposición de perversiones lingüísticas o de neo-lenguas que, como *“cartas marcadas”*, vician el debate público.

La imposición total o parcial de un lenguaje inclusivo o de fórmulas lingüísticas políticamente correctas, implica una exclusión hacia aquellos que no están obligados a asumir esas expresiones lingüísticas, o las posiciones ideológicas que estas encubren.

Sí a la libertad de enseñanza y de cátedra

4. La primera instancia educativa son los padres, que tienen el derecho y patria potestad sobre la educación de sus hijos, siendo el Estado un agente subsidiario en dicha educación que no puede anteponerse a los padres, muy especialmente en materia de educación afectivo-sexual, o de valores y creencias.
5. Es necesario que las instituciones educativas sean coherentes con la búsqueda y transmisión del conocimiento, la ciencia y la verdad desde la libertad. Las instituciones educativas confesionales pueden y deben hacer respetar con coherencia el ideario católico que profesan y que han escogido los padres, sin diluirlo y sin doblegarse ante exigencias ideológicas que atenten contra sus principios. Para ello es fundamental que las instituciones educativas protejan visiblemente a sus profesores frente a coacciones y cancelaciones injustas.
6. La Universidad es el ámbito del diálogo científico y de la crítica de ideas, pero este debate de ideas no lo puede sentenciar el Estado, ni determinados grupos de poder o de presión mediática y económica. El debate sobre cualquier idea científica tiene su lugar en el aula, en el laboratorio, en textos científicos bien fundamentados, pero no pueden coartarse, ni censurarse por comités de una pretendida verdad oficial “woke”. Así, es fundamental que haya universidades públicas o privadas que puedan ejercer libremente su vocación de búsqueda y transmisión de la verdad.

La “cultura de la cancelación” supone una cancelación de la cultura

7. La visión católica ha defendido siempre el valor de la razón en la clarificación de la verdad y del bien común, pero sin caer en el racionalismo abstracto que la divorcia de la tradición y la pone al servicio del poder o la ideología. Igualmente, el cristianismo valora el papel del sentimiento y de la voluntad, vinculados al corazón humano, pero el emotivismo y el voluntarismo políticos descentran la política de su fundamento en la recta razón y en un bien objetivo.

8. Reivindicamos la historia y tradición de Occidente, de Europa y de España como una historia que ha realizado grandes logros cuando se ha mantenido fiel a sus raíces en el logos griego, el ius romano y la caritas judeocristiana. Ello no implica obviar las sombras o errores de su historia, pero ante ellos preferimos perdonar a condenar, preferimos aprender de dichos errores sin incurrir en absurdos anacronismos.
9. Afirmamos la verdad con minúsculas, que es accesible por la razón a través de las ciencias, las humanidades y la filosofía, y la Verdad con mayúsculas, que está en Dios, igualmente accesible por la razón, y que tiene su encarnación en Cristo.
10. Una variante de la CP extiende sus tentáculos hasta el campo de la belleza artística, estableciendo una dictadura de lo *“estéticamente correcto”*. Aquellos artistas que optan por defender la belleza real de la Creación, o que continúan la gran tradición del arte sacro, corren serios riesgos de ser cancelados. Contra esta situación apoyamos a aquellos artistas que continúan en la tradición que aúna la Belleza con la Verdad y el Bien.
11. Los criterios para el reconocimiento de un autor en el canon de grandes obras literarias, artísticas o cinematográficas, o para la concesión de premios, también se han visto injustamente sometidos a los embates de la CP, cancelando o introduciendo autores por criterios que no se deben al valor intrínseco de la obra, sino a aspectos extrínsecos (raza, sexo...), o de sumisión a la CP. La cancelación de grandes autores clásicos constituye una aberración de efectos incalculables sobre la formación de las nuevas generaciones y sobre el futuro de la cultura.

Combatir la CP por la paz social y el auténtico progreso

12. Lo políticamente correcto en los medios y las redes sociales se formula a través del desprestigio del pensamiento racional, del relativismo, del emotivismo y del pragmatismo. Todo ello es caldo de cultivo de las fake news, de la cosmovisión progresista dominante en los medios, o del secuestro u oscurecimiento de la verdad. Es necesario reivindicar el valor constitutivo de la verdad en los medios y su referencia al bien común, más allá de la CP.

13. Los medios de comunicación son parte del problema de la CP pero también pueden ser parte de la solución. En este sentido, valoramos muy positivamente la existencia y la aparición de nuevos medios que hagan frente a la CP, y sean punta de lanza para una batalla cultural necesaria y urgente, tanto en información como en entretenimiento.
14. A menudo, las empresas, especialmente las grandes multinacionales, se ven presionadas desde diversas instancias públicas o internacionales para internalizar la CP, actuando así como potentes correas de transmisión en su expansión. Frente a ello hay que defender la libertad del empresario y del trabajador a la hora de ejercer sus convicciones y sus creencias, apoyando especialmente a las empresas de ideario cristiano, o que hagan frente con valentía a las imposiciones de CP.
15. El proyecto de ideologización globalista, así como la promoción de la CP por parte de instituciones de la UE o de organismos internacionales como la ONU, suponen un grave riesgo que socava sus principios constitutivos haciéndolas caer en un dirigismo cultural y en una manipulación al servicio de intereses ideológicos que no han recibido respaldo electoral. La actual crisis de la UE y de otros organismos internacionales debe mucho a esta situación. Europa ha de recuperar sus raíces cristianas, como defendió repetidamente san Juan Pablo II en tiempos en que empezaba a orillarse el legado cristiano en la construcción europea.
16. Es necesario asumir un gran designio cultural desde la parresía, la libertad de expresarse respetuosamente pero con valentía, que permita la labor de denuncia profética ante lo injusto o lo falso, ante las modas ideológicas y el juicio del mundo. El grito de san Juan Pablo II - *“No tengáis miedo”*- debe inspirar una actitud que no se preste al ocultamiento de los principios ni permita la transacción con ellos.

Asumir el desafío desde la fe, la esperanza y la caridad

17. Como cristianos defendemos la tolerancia, apoyamos y defendemos a todas las personas que sufran cualquier clase de maltrato, también a las minorías que por los motivos más diversos han sufrido el peso de la Historia, pero no asumimos la instrumentalización ideológica de dichas personas o minorías para generar sentimientos de culpa colectiva ni procurar resarcimientos que establezcan la imagen de un mundo maniqueo dividido entre víctimas y opresores.

18. Confiamos con esperanza en la participación de la sociedad civil para hacer frente con valentía a estos desafíos e iniciativas audaces para contrarrestarlos. Urgimos también a ello a los movimientos eclesiales, a su necesaria implicación y a una deseable coordinación de esfuerzos, sin menoscabo de sus carismas particulares.
19. Defendemos la Doctrina Social de la Iglesia íntegramente, desde sus tratados de Economía, Derecho y Política, que defienden la auténtica Justicia Social, así como a los excluidos y a los pobres –amados con predilección por Dios y su Iglesia-, hasta los tratados más controvertidos hoy, que defienden la Vida y la Familia. Una parte importante de la DSI se ha vuelto políticamente incorrecta hoy día, motivo por el que se hace especialmente necesaria su enseñanza y promoción.
20. Defendemos el humanismo cristiano que está en la raíz de la tradición humanista occidental y que aporta una concepción plena y trascendente de la naturaleza humana. Las Humanidades y la Filosofía enraizadas en dicho humanismo, así como la DSI, son los mejores antídotos formativos contra la CP.
21. El perjuicio de la CP es especialmente sangrante en materia de defensa de la Vida -aborto y eutanasia- y de defensa de la Familia, que han de ser consideradas cuestiones prioritarias. Se hace totalmente necesaria la reactivación del movimiento provida a nivel nacional e internacional, y a ello debiera prestar la Iglesia un apoyo explícito e incansable.
22. El eclipse de Dios que viene promulgando el secularismo y que está en la raíz de la corrección política, provoca el eclipse de la persona humana, así como de su dignidad, de su libertad y de su desarrollo moral. El siglo XX conocido como el “*siglo de las ideologías*” a la par que “*siglo sin Dios*” ha sido el siglo de los mayores genocidios y martirios, superando los de todos los tiempos previos en su conjunto.
23. Por tanto, defendemos una concepción de la sociedad y de la política abierta a la trascendencia y que tenga como referente último a Dios. Esto se encuentra en las raíces de la tradición occidental, incluso en sus etapas paganas, griegas y romanas. La plenitud de esta concepción es una sociedad restaurada en Cristo con la mediación de su Cuerpo Místico, la Iglesia.

24. El cristiano está llamado a afrontar la CP y sus efectos desde lo que san Juan Pablo II llamó el *“martirio de la coherencia”*, asumiendo el testimonio de los beatos y santos mártires del S. XX, así como de aquellos que defendieron la fe con valentía en contextos de laicismo, o cuyo ejemplo de entrega evangélica ha sido semilla de conversión.
25. En definitiva, llamamos a ejercer la fascinante defensa de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza.

Madrid, a 14 de noviembre de 2021